

ros, é muchas las preguntas que le hicieron de aquel infierno de donde venia: el qual les respondió, que quanto á subir é baxar ya ellos lo avian visto, é que quanto á la çeniza no era lo que pareçia, sino espinas quel mesmo infierno echa fuera del poço quando las despide á manera de escorias; é que como las envia calientes, se van derritiendo en el ayre como hilos ó aristas ó rasas de las espigas de trigo, é rubias un poco; é despues que se enfrian, quiébranse por muchas partes; é que no le pessara aver llevado guantes, porque no pocas dessas espinas traia hincadas en las manos.

Quando á la calor, dixo que no la avia allá abaxo, sino tanto ó más ayre que le hay arriba ó fuera de aquella sima, tanto que en partes era perjudicial, porque

de la tierra que de arriba cae el ayre hace mucho polvo é lo metia por los ojos; é quel que allá abaxo está, es menester guardarse de las galgas é piedras que las barrancas despiden. É que de quando en quando salen de aquella caldera unos bahos calientes grasientos, como de metal, que huelé un poco á piedra çufre; pero que abaxándose el hombre un poco, atapada la cara é los ojos, luego passa aquello: é que otro peligro alguno en Dios y en su consciencia no avia tenido ni sentido allá abaxo; é quel tenia á todo su juyçio por plata aquello que anda derretido en la caldera de aquella profundidad, é que era menester que toviesse más compañia para sacar la muestra dello é salir dessa dubda.

CAPITULO X.

Continuándose la relación del frayle en las cosas del infierno de Massaya.

Cómo vieron fray Blás é sus compañeros el término en que estaba su empresa, é que tenían abierta la puerta y hecho claro el camino para no temer cosa que tan temerosa antes les pareçia, é quel estay é todo lo demás estaba aparejado, acordaron que uno dellos quedasse allí á guardar todo aquello (este fué Pedro Ruiz, con algunos indios) y el frayle é los demás se fueron aquella noche á Granada á dar orden en acreçentar el número de la compañia. Y el domingo de Ramos, catorçe del dicho mes, se juntaron por la mañana en Sanct Francisco, é llamaron á Gonçalo Melgarejo é contáronle todo lo que avia passado: el qual se holgó de oyrlo, é dieron parte á otro llamado Benito Dávila, é dixo quel sería uno de los que entrassen en Massaya, é aun sería el primero; é á su ruego tornaron á resçebir á Francisco Fernandez, pues

que la cosa era tan rica, si saliesse como ellos lo arbitaban, que avia para sacar de neçessidad á muchos. Assi que, ya eran siete compañeros, conviene á saber: fray Blás, Johan Anton, Johan Sanchez Portero, Gonçalo Melgarejo, Pedro Ruiz, Benito Dávila y Francisco Fernandez. É concertaron que otro día, lunes de la semana sancta, disimuladamente, unos por una parte é otros por otras, se fuessen luego al infierno de Massaya á conseguir su propóssito; é assi se juntaron el martes, diez é seys de abril, de la semana sancta, ençima del monte de Massaya. É despues de aver oydo missa, cada uno decía que queria ser el primero que entrasse, por ganar honra; é para quitar este litigio echaron suertes, y al primero que cayó fué á Pedro Ruiz, é al segundo cupo la suerte á Benito Dávila, é al tercero á Johan Sanchez, é al quarto á fray

Blás. Fecho esto, se escribió la capitulation desta compañia, é la firmaron de sus nombres, é hicieron tres cédulas para las poner abaxo en la plaça á manera de possession que tomaban de aquella caldera de metal que allí hierve, en nombre de Su Magestad é dellós; y essas cédulas metió el frayle por todos sus compañeros, cada una puesta en su ençerado sobre sí, que se escondieron en la dicha plaça.

Assi que, estando todo á punto, despues de aver dicho missa este padre, é ya que querian almórcar para començar su entrada, vieron asomar gente de caballo que venian en su rastro, y eran ciertos veçinos dessa cibdad de Granada, llamados Alonso Calero, Francisco Sanchez, Francisco Nuñez, Pedro Lopez, Diego de Obregon é otros, de lo qual el frayle é sus consortes resçibieron pena en verlos; pero disimularon su enojo, pues que en aquello pensaban que servian á Dios é al Emperador Rey, nuestro señor. É llegados los que assi venian, maravilláronse de ver el artificio para entrar en aquel infierno, tan á punto é con tanta xarçia é cadenas é lo demás, é conosçieron que aquello era cosa pensada é aparejada desde muchos dias antes, é aunque lo vian no lo creian, porque les pareçió que aquello era empresa de un príncipe más que de hombres semejantes. É cómo deseaban ayudar á los primeros, unos se quexaban al frayle, é otros á los otros, en no les aver dado parte de aquel secreto al principio. En fin, dadas sus buenas respuestas, todos almorçaron juntos, é los que avian de entrar se pusieron en orden, unos con guantes, é los que no los tenían pusieron paños en las manos, por las espinas quel frayle les avia dicho que avia, é cada uno con su casco en la cabeça, por las piedras é galgas que caen: é algunos se pusieron nóminas con reli-

quias al cuello, é se encomendaron á Dios, y en las oraciones de los que acá quedaban, como los que van á morir.

No es poco de loar el esfuerço é osadia desta nuestra nascion; y es çierto que aunque esto está de muchos é muy largos tiempos experimentado, é por incontables auctores é ojos de los passados é pressentes visto, que á quien ha mirado este infierno de Massaya, como yo, le pareçerá ques una de las mayores osadias que un hombre mortal puede acometer entrar en aquella sima tan profundísima, donde solo mirarlo desde arriba, y estando seguro del peligro, es mucho esfuerço llegarse hasta aquella boca, quanto mas descender adonde tan çiertos inconvenientes é trabaxos están aparejados, é tan dificultosa la baxada é inçierta la vuelta. Cosa es verdad de grand espanto pensarlo, é historia muy peregrina é muy estimada de quantas se han oydo ó escripto por verdaderos auctores.

Al primero que desta compañia le cupo entrar en Massaya, fué Pedro Ruiz; é atado en el balso, é atada consigo una çesta con una calabaza de agua dentro é comida, é alrededor puesta paja, porque no sé quebrassen las vassijas por las peñas, y encomendándole todos los miradores á Dios, anduvo el cabestrante é torno, que lo traian indios, poco á poco, é assi lo metieron hasta el muladar: é se desató allá á sí é á la çesta, é fuésse por el muladar abaxo á la plaça. É tornaron á subir el balso, é písose en él Benito Dávila con otra çesta de bastimento ó comida é agua é una cruz de palo pequeña, é fué abaxado por la mesma orden, é desatándose, baxó desde el troncon hasta la plaça; é llegado allá, le vieron desde arriba cómo se hincó de rodillas á la otra cruz, quel frayle avia metido allá el sábado antes, que estaba sobre una peña, y en otra el Benito Dávila hincó é clavó la cruz que llevaba, con un clavo. Vuelto el balso,

entró en él Johan Sanchez con otra çesta, en que yban los cangilones de barro cogidos, que dentro en la esfera de hierro se avian de meter cada uno por sí: é tornado el balso arriba, entró fray Blás, é á él atados sus hábitos é puesta su estola, como hiço la primera vez, é llevaba las tres çédulas de la possession; é metió otra çesta con las cadenas é la esfera de hierro, é un mortero ó servidor de lombarda é un martillo é unas tenaças y escoplo é algunos clavos, por si fuesen menester.

Cómo todos quatro fueron abaxó, dióse órden de meter una viga grande de veynte é nueve piés luenga, con una roldana al cabo, en que se ocuparon é se passó aquel dia hasta la noche, dexando cansados los de arriba é de abaxo, por lo qual no se les pudo meter agua; é la que avian llevado los que en la sima estaban era poca, é con el trabaxo é la calor bebiéron la que les quedó con muy estrecha ración, é assi passaron hasta el siguiente dia. É á prima noche, por su sed, no se pudo haçer más de llegar la viga á la orilla de la caldera, é assentáronla por donde les paresció que convenia, desta manera: sacaron el un cabo de la viga con la roldana ó carrillo que tenia hasta çinco piés fuera de la orilla de la caldera, y el cabo que quedaba dentro de la plaça, é cargáronle de piedras, é pusieron las cadenas é maroma á punto; y hecho esto se pusieron á dormir un rato dentro en la plaça.

De noche, la grand claridad que de sí echa aquella caldera, es causa que lo que avian de haçer lo podian como de dia efettuar, porque allí no hay noche en aquella plaça, é por esso no aguardaron á la mañana; sino cómo reposaron alguna cosa, començaron á trabaxar, aunque el sueño, segund el frayle diçe, él solo durmió é no los demás, á causa del ruydo por la bateria de aquel licor en las peñas é rocas, que paresçe que toda la pla-

ça tiembla. Assi que, levantados todos en pié, fueron todos quatro á la viga é alisóse la sogá, é començaron á meter el mortero de hierro hasta una braça, é hincáronse de rodillas é prometieron á Nuestra Señora de Guadalupe çierto voto; é levantáronse en pié é començaron á meterlo los tres dellos, porque el otro, que fué Johan Sanchez, fué á la otra parte de la caldera, quassi al contrario; en frente de los compañeros, para ver quando llegaban abaxo.

Ençima del mortero de hierro arriba, quanto una braça dél en la mesma cadena, yban atadas çiertas hilachas blancas, para quel que yba á la otra parte viesse el mortero, é lo segundo para que quando se ençendian é ardian essas hilachas, se entendiesse quel mortero allegaba abaxo á la escoria. Finalmente, se metió el mortero tres veçes, y en las dos no sacó nada, aunque les paresçia que avian llegado abaxo á las escorias; pero la verdad era que no llegaba: la terçera vez, cómo la cadena y el mortero se pegaron con la escoria abaxo, tuvieron trabaxo en arrancar é despegar el mortero de la escoria por su grand pesso, é paresçióles que traia metal, y era quel mortero é la cadena venian todo enfoscado é cubierto alrededor de escorias. Lo qual, subido arriba, é visto que no podian sacar más de las escorias de ençima del metal, é que la escoria era mucha é negra é liviana é agujereada de agujeros muy lucios é blancos é resplandesçientes (como que dellos se oviera sacado metal, é paresçia que debia ser oro ó plata más que otros metales), é porque estonçes quedaban cansados é con mucha sed, estos experimentadores tornaron á reposar hasta la mañana.

Quando á la hondura de çient braças en la caldera hasta aquel licor, diçe Rodrigo de Contreras que no hay sino çarenta ó çinquenta braças, desde la boca

ó plaça hasta essa pasta ó lo que es, que fray Blás afirmaba ser oro ó plata, é los más tienen ques minero de açufre.

Llegado el dia, los de abaxo enviaron con las sogas una carta para que les baxassen agua; é no les escribieron lo que passaba por no les desmayar: antes les significaron que era grand riqueza ó que avia muestra de plata; y en tanto que la carta yba paresçióles á los de abaxo que se debian salir luego, porque eran pocos para lo mucho que avia que haçer, é por la grand hondura el mortero é la cadena é sogá pessaban mucho, y las catorçe braças de cadena que eran menester más; porque la sogá que metian yba á riesgo de quemarse, é cada vez salia chamuscada en partes, é á quemarse aquella sogá, corrian los de abaxo grand peligro, assi de no poder tornar arriba como de no los poder desde ençima proveer de comida ni de agua, porque con aquella sogá, que seria de çiento é çarenta braças, ternian los de abaxo lo que desde arriba se les enviaba.

Era essa sogá tan gruessa como el dedo pulgar, é con essa cuerda el balso era guiado; é assi por lo ques dicho tenia de tornar á meter la dicha sogá en la caldera con las cadenas é lo demás, é por tanto estaba de voluntad de subir arriba para volver á su labor con mejor aderesço á concluir lo començado.

Los de arriba holgáronse con la carta, y enviaron luego una calabaza grande de agua é una çesta con una carta, en que les enviaban á deçir, pensando que avian sacado mucha plata, que mirassen lo que haçian é cómo la sacaban, porque los hidalgos que allí avian venido, cobdiçian mucho ver é saber qué era lo que avian sacado, contra su voluntad, si de grado no se les mostrasse; é que subiesse Benito Dávila primero. Cómo los de abaxo vieron esta carta, acordaron que dixessen que avia grand muestra de riqueza;

TOMO IV.

é subieron los tres primeros é quedó el frayle á la postre. É llevaba consigo una çesta, en que la esfera y el servidor ó mortero avian baxado, é dióles á entender que allí yba lo que avian sacado; y en la verdad, si no usara deste ardid ó les diera esperança con la çesta á los de arriba, posible fuera que algun travieso é de poca consciencia le hiçiera alguna burla é le cortara la sogá. É acabado de subir, todos fueron á él, é le rogaron que les mostrasse lo que traia; pero él dixo que no lo podia haçer sin liçencia de los compañeros, é con la mejor manera que lo supo encubrir, metió la çesta en una arca que allí tenia, é guardó la llave.

Visto esto, se apartaron de allí enojados los que atendian y escribieron al gobernador Rodrigo de Contreras, que estaba en Leon, haciéndole saber lo que avian visto é que sôspechaban que se avia sacado grand muestra de riqueza. Y con el Benito Dávila escribió fray Blás al gobernador lo que avia passado, é dándole á entender que no se debia ya llamar infierno Massaya, sino parayso, aunque él tampoco lo entendió, como los demás, puesto que entró dentro.

Aquella tarde desbarataron el cabestrante é púsose en cobro lo demás, é otro dia amanescieron estos compañeros y el frayle en Granada. Por manera que publicada la cosa, y entrando en sospecha que aquello era un grand thessoro, avisado el gobernador, él escribió que tuviesen á punto todos los aparejos que convenian para entrar en aquella sima, porque él queria mandar entrar en aquel infierno, y estar pressente á ver qué cosa era aquella. É assi se hiço: quel sábado, veynte é siete de abril de aquel año, el gobernador fué en persona, é se puso en órden todo lo nesçessario; y el martes siguiente, postrero de abril, señaló siete personas que entrassen en el infierno, los quales fueron aquestos: fray Blás